

el día 16, tomarían algún descanso el 17, y no aprovecharía este descanso á los soldados de Napoleón, harto inteligentes para no comprender el peligro cada vez más creciente en torno de ellos, y á quienes más debía afectar que reponer la prolongación de una situación semejante. Por estas razones, todas excelentes para nuestras desventuras, determinó aplazar hasta el 18 la última batalla (1). La llegada de Mr. de Merfeld por la tarde, sus relaciones minuciosas no conmovieron á nadie, y antes bien revelaron á todos la penuria que había arrancado á Napoleón especies tan nuevas. No detenerse hasta el Rhin fué la resolución general.

Aunque, no tomadas al Norte de Leipsick las determinaciones tan de concierto, no propendieron menos á igual designio. Acosado el príncipe de Suecia por los violentos cargos del ministro de Inglaterra, que tachaba su inacción de perfidia; por las manifestaciones de sus diversos estados mayores, y especialmente por las instancias de los oficiales suecos, en quienes los campos de Leipsick despertaban patrióticas memorias, acabó por emprender la marcha el 17 de octubre y por tomar posición detrás de Blücher, á quien pidió una entrevista.

Excusóla éste, sabiendo lo que el príncipe deseaba que hiciera, y determinado á no consentirlo. Se trataba de pasar atrevidamente el Partha, á fin de completar la embestida contra los franceses, y el que lo cruzara antes de dar al príncipe de Schwartzenberg la mano podría muy bien sufrir un recio choque. Ahora bien, el príncipe de Suecia en esta ocasión, como junto al Mulda algunos días antes, quería que Blücher ocupara el puesto más peligroso. Cansado Blücher, no de peligros, sino de condescendencia respecto de un aliado, de cuya fidelidad se sospechaba tanto como de su energía, respondió que, agotadas por el combate del 16, sus tropas no estaban tan en disposición de soportar una posición ardua como las del ejército del Norte, y exigió que Bernadotte fuera á cruzar el Partha sobre la izquierda del ejército de Silesia, y arriesgarse en la llanura de Leipsick delante de Napoleón. Al mismo tiempo se entendió secretamente con los generales prusianos y rusos que mandaban los diversos cuerpos del ejército

(1) Los escritores decididos á no ver en los reveses de Napoleón otra cosa que la traición de sus aliados ó la debilidad de sus lugartenientes, como si la traición de los aliados y la debilidad de los lugartenientes no emanaran de faltas graves, han supuesto que los generales de la coalición no querían pelear el 17 y el 18, si bien se determinaron á ello la noche de este día, al saber la proyectada traición de los sajones, en cuyo caso hubiera calculado Napoleón con exactitud infalible. Efectivamente, permaneciendo un día más en posición, se retira sano y salvo en aptitud de vencedor, y sólo la traición de los sajones pudo impedir que este cálculo se realizara. Semejante suposición tiene tan poco fundamento como todas las demás de la misma clase. MM. de Wolzogen y Cathcart, presentes en los cuarteles generales de los coligados, nos han revelado el pormenor de las resoluciones de ellos, y hoy se sabe que estaba determinado el ataque para el 17 y que sólo se aplazó hasta el 18 por la llegada de nuevos refuerzos. Además, si de antemano se conocía la traición de los sajones, sólo sería en el cuartel general de Bernadotte, donde la prepararon los sajones que allí tomaron refugio; pero se ignoraba por completo en el cuartel general de los tres soberanos. Estas invenciones, cuyo objeto no se dirige á probar el genio prodigioso de Napoleón, que nadie puede poner en duda, sino su infalibilidad, son, pues, contrarias á la verdad y carecen de todo fundamento.

(N. del A.)

del Norte, y les prometió pasar con ellos el Partha al día siguiente, para pelear contra Napoleón á todo trance, pues Blücher estaba personalmente muy resuelto á tener participación en la última lucha, pero quería forzar á Bernadotte á tomar una posición de combate de donde le fuera imposible el retroceso (2). Así todo estaba dispuesto para que Napoleón tuviera encima trescientos mil hombres. Efectivamente, los coligados contaban de doscientos veinte á doscientos treinta mil el 17 de octubre; si habían perdido cuarenta mil en esta jornada, llegándose cincuenta mil con Benningen y sesenta mil con Bernadotte, su número total se debía aproximar á trescientos mil combatientes. Por lo que hace á Napoleón, que, incluyendo á Reynier, tenía ciento noventa mil tan sólo antes de la batalla del 16 de octubre, según hemos dicho, no debía conservar más de ciento sesenta ó ciento sesenta y cinco mil el 18, aun contando á los aliados poco seguros que estaban en sus filas.

Por lo demás, conociendo Napoleón esta situación, abrazó á la caída de la tarde del 17 el partido de retirarse. Por desgracia, según hemos dicho igualmente, no quería ejecutar una de aquellas retiradas nocturnas, que autoriza el arte de la guerra cuando hay necesidad de que un ejército se libre de un enemigo que le supera, sino una retirada á la luz del día y á pasos lentos, de modo de conservar una aptitud imponente, y de cruzar el largo desfiladero de Leipsick á Lindenau sin estorbo, desfiladero que consistía en una porción de puentes echados sobre los brazos divididos del Pleisse y del Elster. Con efecto, ya estaba en pie á las dos de la madrugada, expidiendo sus órdenes, que fueron las siguientes: todos los cuerpos que habían peleado al Sur, estos es, Poniatowski, Augereau, Víctor, Lauristón, Macdonald, la guardia y el 1.º, 2.º, 4.º y 5.º de caballería, debían retroceder una legua é ir á formar en torno de Leipsick sobre la meseta de Probstheyda un círculo más estrecho, y por consiguiente casi invencible. Si les seguía el enemigo, se le echarían encima y le arrollarían á lo lejos. Al Norte y al Este, Marmont, que después del combate de Mockern había vuelto á pasar el Partha, se reconcentraría de Schonfeld á Sellerhausen. Ney, que con Reynier, llegado la tarde del 17, formaba la prolongación de la línea de Marmont, debía replugar su derecha á la espalda hasta que encontrase la izquierda de Marmont por entre la llanura de Leipsick, y cerrara así el círculo que iba á describir el ejército de los franceses.

Entonces el enlace sólo existente entre Ney y Mac-

(2) Citamos el pasaje siguiente de Mr. de Wolzogen, donde se describe lo que acontecía en los estados mayores de Blücher y de Bernadotte. Las relaciones de Mr. de Muffling, testigo ocular, son aún de mayor bulto y más amargas.

«Ya el príncipe Guillermo, hermano del rey de Prusia, había decidido al príncipe vacilante á tomar parte formal en la batalla, y despertado amistosamente su atención sobre el punto de que la opinión de las tropas rusas y prusianas que militaban á sus órdenes le era muy desfavorable, y llegaban hasta el extremo de dudar de su valor personal, y de su leal voluntad de obrar eficazmente en interés de la causa común de los aliados. Esta confianza, así como las observaciones del general Aderkreutz, su jefe de estado mayor general, sobre que los suecos, lejos de quedarse á la espalda, querían sostener su antiguo renombre sobre los campos donde Gustavo Adolfo había peleado tan gloriosamente, ejercieron una influencia decisiva sobre la resolución de Carlos Juan, según se tiene por seguro.

(N. del A.)

donald por medio de la caballería, se establecería con una línea continua de tropas de todas armas, ocupando las aldeas de Paunsdorf, Melckau, Holzhausen y Liebert-Wolkwitz. Desde este instante el círculo extendido á cinco ó seis leguas se reduciría á dos á lo sumo y muy sólido por todas partes. Al Este y al Norte se debía retroceder como al Sur despacio, destrozando al enemigo que apretara mucho, é ir á deslizarse por dentro de Leipsick á la calzada de Lindenau, en el caso de no ser perseguidos. Pero había que abrirse esta calzada. Durante el día 16 había conservado Margarón la aldea de Lindenau, situada á la extremidad de los puentes del Pleisse y del Elster. Napoleón confió al general Bertrand el cuidado de cruzar por Lindenau, de desembocar en la llanura de Lutzen, de atropellar á todo enemigo que hallara al paso, y de penetrar así hasta Weissenfels sobre el Saale. De refuerzo le dió la división francesa de Guilleminot, puesta antes á las órdenes de Reynier, en unión de la división de Durutte, con el designio de colocar á los sajones entre dos divisiones francesas. El general Rognat tuvo orden de marchar con los ingenieros de la guardia, á fin de ir á echar nuevos puentes sobre el Saale por más abajo de Weissenfels. Margarón y Dombrowski fueron encargados de la defensa de Leipsick, tocando lo interior al primero, y la parte de afuera hasta Schonfeld, donde se hallaba Marmont y donde empezaba por consiguiente la línea de Ney, al segundo. Como Margarón podía no ser bastante, privóse Napoleón de la división de la joven guardia, mandada por Mortier, y la envió á Leipsick mismo. Los parques y los bagajes inútiles recibieron la orden de emprender inmediatamente la marcha, para que ya hubiesen desfilado cuando las columnas del ejército llegaran á los puentes. Todo estaba en movimiento á las tres de la madrugada con un tiempo obscuro y lluvioso, y los cajones que se quemaban ó se hacían saltar por falta de tiros para llevarlos, añadían siniestros fulgores y más siniestras detonaciones á esta retirada. Nada probaba más de lleno que no se quería hacer una retirada clandestina, y que siempre nos quedaba en medio de la derrota el orgullo mal entendido de la victoria, bien que la derrota no fuese del campo de batalla, mas si de la campaña, cosa por desgracia todavía más grave.

Después de expedir Napoleón sus órdenes, fué en persona al arrabal de Reudnitz al lado de Ney, para explicarle de viva voz sus designios (1). Entre otras instrucciones le dejó la de proveer á la seguridad del gran cuartel general, que se había quedado atrás en el camino de Duben á Leipsick. Este gran cuartel general, que comprendía todas las administraciones, y el tesoro del ejército sobre todo, el parque de ingenieros, parte del parque general de artillería, el tren de puente, había sido llevado hasta Eyllenburgo, y habiendo querido seguir á Reynier luego, se lo impidió la presencia del enemigo. Napoleón le envió á decir que, si no podía incorporarse, se replagara sobre Torgau y se encerrara en esta plaza; triste recurso que no debía retardar su pérdida más que algunos días, á no ser que un armis-

(1) Con brevedad, si bien con exactitud, tenemos consignadas estas intenciones en una carta del mariscal Ney al general Reynier, fechada á las cinco de la mañana, y en la cual dice el mariscal que Napoleón había ido á obrar y á mandar á su lado, esto es, á Reudnitz, donde tenía su cuartel general.

(N. del A.)

ticio llegara á salvar á las guarniciones de las plazas.

Expedidas estas órdenes, trasladóse Napoleón á Leipsick, donde comunicó sus miras á sus otros generales, y muy de mañana retornó á su vivaque, al centro de las filas de su ejército principal, que de muchos días atrás no había abandonado.

Grande impresión hizo al coronel de ingenieros Montfort, que reemplazaba al general Rognat enviado á Weissenfels, la dificultad de hacer que desfilara todo el ejército por un solo puente de longitud inmensa, el que conduce de Leipsick á Lindenau. De consiguiente propuso al príncipe Berthier que más arriba y más abajo se echaran puentes accesorios para el paso de la infantería, á fin de reservar la calzada principal á la artillería, á la caballería y á los bagajes. Ya fuese que Berthier, poseído aún de la pesadumbre que se tuvo en hablar á Napoleón de retirada, no se atreviese á hablarle de nuevo, ya, y esto es lo más probable, que se atuviese á la costumbre inveterada de dejarlo á su previsión todo, rechazó al coronel diciendo que convenía saber ejecutar las órdenes del emperador, y no tener la presunción de superarlas. Quizá se había fijado también Napoleón en este caso, y no había querido mandar cosa alguna que anunciase muy de antemano su retirada. Sea como quiera, se redujo de voluntad propia al solo puente de Lindenau, lo cual en ciertos casos podía ser de sumo peligro (2).

(2) Ningún incidente de esta campaña ha dado origen á más debate que el de la existencia de un solo puente para operar la retirada de Leipsick. Los escritores, cuyo tema ordinario es que Napoleón no cometió ni una falta, ni una omisión en toda su vida, pretenden que Napoleón previno á Berthier que se echaran muchos puentes por más arriba y más abajo de Lindenau, y que Berthier no cumplió esta orden tan importante, no descuidando las órdenes más accesorias. Este nuevo aserto pudiera ser admitido, por inverosímil que sea, suponiendo que Berthier, cansado, afligido, enfermo, como lo estaba entonces, olvidara las prescripciones de Napoleón. Pero contra esta hipótesis existe por desgracia el aserto del coronel Montfort, quien después del suceso ha declarado que dirigió á Berthier las más vivas instancias para que le autorizara á echar puentes accesorios, cosa que debiera ser bastante para refrescar la memoria del mayor general si tenía necesidad de recordo. Verdad es que se pudiera acusar al coronel Montfort, cometido posteriormente á juicio por este lance, de haber inventado este aserto á fin de excusarse. Pero, además de la buena fe del coronel, que nadie que le haya conocido puede poner en duda, poseo de este aserto y de su exactitud otra prueba. El mismo día del embarazosísimo paso del puente de Lindenau, esto es, el 19 de octubre, hablando el coronel Montfort con el coronel de ingenieros Lamare en medio de la muchedumbre que se agolpaba sobre el puente, le dijo con pena que el día antes había dirigido las más vivas instancias á Berthier para que le autorizara á echar otros puentes, y que le había respondido que era necesario aguardar las órdenes del emperador. Así en el instante mismo, y no teniendo el coronel Montfort que justificarse ante un consejo de guerra, y sin que aún le pudiera ocurrir tal cosa, reproducía el hecho con una sinceridad y espontaneidad evidentes. De consiguiente no cabe poner el tal hecho en duda. ¿Y cómo suponer ahora que, teniendo Berthier órdenes de Napoleón, no las hubiese ejecutado? Esta inverosimilitud pasa de raya, pues se necesitara que el mayor general pecase de estúpido y de traidor; y consta que este antiguo camarada de Napoleón, bien que fatigado, se mostraba tan adicto como hábil. No hay, pues, más que una suposición posible, y es la de que no habiendo pensado Napoleón en ello, ó lo que es más probable, queriendo hacer una retirada á su antojo, por decirlo de esta manera, sin apretar el paso, creyó el puente de Lindenau suficiente. También quería sin duda evitar que los preparativos indicantes de una retirada precipitada afectasen la moral de los soldados. De todos modos esta es la única suposición que no ofende

Apenas volvió Napoleón á Probstheyda, donde había tenido su vivaque, desde lo alto de una cumbre en que se hallaba situado, divisó tres grandes columnas, más fuertes hoy que el día antes, marchando concéntricamente sobre su nueva línea de batalla. Hacia nuestra derecha y apoyándose, no ya en Mark-Kleeberg, sino algo más á la espalda, en Dolitz, era el príncipe de Hesse-Homburgo, que con los granaderos de Bianchi y de Weissenwolf, con la caballería de reserva de Nostitz, con el cuerpo de Coloredo y la división ligera de Aloys Lichtenstein, avanzaba contra Poniatowski y Augereau. En el centro eran Kleist y Wittgenstein, juntos hoy en una sola columna de ataque, y seguidos de las guardias prusiana y rusa, que marchaban desde Wachau y Liebert-Wolkwitz sobre Probstheyda, donde se hallaban Víctor y la guardia. Finalmente á la izquierda eran Klenau, Benningsen y Bubna, que desde el bosque de la Universidad y Seylfertshayn se dirigían sobre Zeickelhausen y Holzhausen contra Macdonald. Plegando su derecha en torno de nuestra línea esa última columna, iba por entre la llanura de Leipsick á amenazar la posición de Ney, si bien con circunspección suma, dado que, para empeñarse, aguardaba á que Bernadotte hubiese pasado el Partha. Estas tres columnas podrían constar de cincuenta y cinco á sesenta mil hombres cada una, excepto la de Benningsen que se aproximaba á setenta mil soldados. Para hacer frente á estos ciento ochenta mil combatientes, Napoleón tenía, como el día antes, á Poniatowski, Augereau, Víctor, Lauristón, Macdonald, la guardia, los cuerpos 1.º, 2.º, 4.º y 5.º de caballería, presentando á la sazón una masa total que excedía algo de ochenta mil hombres. En el ángulo formado por el Elster y el Pleisse habían dejado los coligados el cuerpo de Merfeld, y más allá del Elster hacia Lindenau á Giulay, reuniendo entre los dos más de veinticinco mil hombres. Finalmente Bernadotte y Blücher contaban cien mil entre ambos. Para oponérseles tenía Ney á Marmont reducido á doce ó trece mil hombres, á Reynier á igual número poco más ó menos, á Souham á catorce mil á lo sumo. Margarón no juntaba más de doce mil con el duque de Padua y Dombrowski. Por consiguiente eran ciento treinta mil contra trescientos mil entre todos. Bertrand estaba en camino por Weissenfels con diez y ocho mil hombres. Mortier le apoyaba con dos divisiones de la joven guardia.

Al retirarse todas las columnas de Napoleón dejaron fuertes retaguardias esparcidas en tiradores, que disputaban el terreno palmo á palmo, y no lo cedían sino después de causar grandes pérdidas al enemigo. Detrás de Wachau y de Liebert-Wolkwitz, en el corral de Meusdorf situado delante de Probstheyda, no se retiraron sin cubrir la tierra de cadáveres prusianos y rusos. En Zuckelhausen y en Holzhausen, donde se hallaba el cuerpo de Macdonald, se hizo cara á la división prusiana de Zeithen y á los austriacos de Klenau, y se les mató mucha gente antes de retroceder sobre Stotteritz. Una vez

al buen sentido. Verdad es que en este caso habría que convenir en que Napoleón cometió un yerro. Pero por lo que á nosotros hace, aun mirándole como uno de los genios más eminentes de la humanidad, pedimos licencia, no á sus admiradores, entre cuyo número nos contamos, sino á sus adoradores, á los cuales no pertenecemos, para creer que en el curso de su vida le aconteció engañarse.

(N. del A.)

tomada esta última posición por Macdonald, nuestra nueva línea de batalla era la siguiente. Desde las orillas del Pleisse, esto es, desde Dolitz á Probstheyda, formaba una línea continua, se doblaba en ángulo recto hacia Probstheyda, se remontaba al Norte hasta las márgenes del Partha por Stotteritz, Melckau y Scholfen, donde se encontraban Macdonald, Reynier y Marmont.

Por tanto Probstheyda era el ángulo saliente que debía tomar el enemigo, y donde Napoleón estaba determinado á hacerse firme con pertinacia. Además de Víctor, que guardaba á Probstheyda, tenía detrás á Lauristón, que se enlazaba á Macdonald, á la guardia y á la caballería. Hasta el momento en que llegaron á la línea de las posiciones que Napoleón quería conservar, los coligados no encontraron más que retaguardias que disputaban el terreno, si bien concluían por abandonarlo. Llegados delante de Dolitz, de Probstheyda, de Stotteritz, encontraron líneas inmóviles, imponentes y según todas las apariencias muy poco inclinadas á ceder el puesto. Sin embargo, probaron á ahuyentarlas con cierta especie de energía desesperada.

La columna del príncipe de Hesse-Homburgo se echó sobre Dolitz, lo tomó, lo perdió, lo recuperó y lo perdió de nuevo. Este punto lo defendían Poniatowski y Augereau muy agotados, y sin contar más de diez mil hombres entre uno y otro. Gravemente herido salió el príncipe de Hesse-Homburgo, y reemplazóle al punto el general Bianchi. A pesar de todo nos vimos forzados á ceder algún terreno y á irnos á situar en Connewitz detrás de una línea de agua, alternativamente estancada y corriente, que desde Probstheyda iba á Connewitz á lanzarse en el Pleisse. Antes de que se retirara nuestra caballería ejecutó allí soberbias cargas, rechazó muchas veces la de los austriacos, y luego se replegó con la infantería detrás del riachuelo citado. Ya en Connewitz se establecieron Poniatowski y Augereau invenciblemente. Oudinot con las dos divisiones restantes de la joven guardia, pues se ha visto que las otras dos estaban en Leipsick á las órdenes de Mortier, se apostó detrás del riachuelo entre Connewitz y Probstheyda, con la caballería alineada en los huecos dejados por la infantería. Parte de la artillería de la guardia se puso en batería, y abrasó con sus fuegos á las masas contrarias. Muchas veces probaron los austriacos á superar el obstáculo éste, y siempre se les hizo morir al pie de la posición. El cuerpo de Merfeld, mandado por Séderer y situado al otro lado del Pleisse, sobre el terreno bajo y lleno de matorrales que cruzaban el Pleisse y el Elster en todas direcciones, renovaba los ataques de la antevíspera contra nuestra izquierda, con intención de rebasarla. No pudieron enviarnos más que balas de cañón que se le devolvían con usura.

Mediodía era y retumbaba el cañón hacia el Norte, claro anuncio de que Blücher y Bernadotte entraban en acción, con lo cual se daban á la vez tres batallas. Casi se puede decir que estaba empeñada otra, porque sobre nuestra derecha, más allá del Pleisse y del Elster y en la llanura de Lutzen, se oía el cañón de Bertrand al habérselas con Giulay para abrirse camino por Weissenfels. Esta espantosa extensión de matanza no alteraba más el semblante de Napoleón que el corazón de nuestros soldados, exaltados por decirlo así ante esta solemnidad de una batalla sin par en la historia, porque hacía tres

días que en las llanuras de Leipsick se disputaban quinientos mil hombres el imperio del mundo. Nunca se había visto semejante número de hombres sobre un mismo campo de batalla.

Para el príncipe de Schwartzberg fué el cañón de Blücher y Bernadotte la señal de un ataque furioso contra el punto decisivo de Probstheyda. Ya Kleist y Wittgenstein, formando la columna del centro, habían avanzado, Kleist con las tres divisiones prusianas de Klux, Pirch y el príncipe Augusto, Wittgenstein con las dos divisiones rusas del príncipe Eugenio de Wurtemberg y de Gortschakoff, seguidos de las reservas. Llegados delante de la posición, los prusianos, que siempre disputaban la cabeza de los ataques, por la razón muy honrosa para ellos de tratarse en esta lucha terrible de la emancipación de Alemania, se arrojan á paso de carga sobre Probstheyda antes que todos. Alineado Drouot delante de Probstheyda, los aguarda con la caballería de la guardia, y Víctor con su infantería. Se necesitaba preparar un terreno inclinado en forma de glacis. Drouot los deja llegar á este declive, luego los cubre de metralla y los precipita confusamente unos sobre otros. No obstante, animados de una verdadera rabia patriótica, vuelven á ponerse en línea, segunda vez marchan contra Probstheyda, y logran penetrar en su recinto. Pero con sus diezmas divisiones, los carga Víctor á la bayoneta, y los contiene. Después de haberlos atajado, los empuja y nuestra artillería los ametralla de nuevo. Maltratadas horriblemente las tres divisiones prusianas, van á rehacerse á alguna distancia, debajo del glacis sobre el cual se alza Probstheyda. Napoleón hace avanzar á Lauristón, y bajo una granizada de balas de cañón alinea personalmente por detrás en muy espesas columnas á las dos divisiones de la vieja guardia, de Curial y Friant, única reserva que le queda. Estos granaderos excelentes, con sus enormes gorras de pelo, inmóviles entre las balas, son puestos como dos puntales poderosos detrás de Lauristón y de Víctor. Se espera un nuevo ataque, y todos se prometen recibirle como el pasado.

Con efecto, habiendo tomado aliento un instante, y estrechado sus filas las tres divisiones prusianas, se les incorporan las divisiones rusas de Wittgenstein y avanzan á impulso de un mismo movimiento, siempre abrumados por la metralla de Drouot. Juntas se arrojan sobre Probstheyda, lo envuelven y se meten dentro, y al parecer deben ahora señorearlo. Pero Víctor, á pesar de estar agotadas sus tropas, Lauristón con las suyas reducidas en dos terceras partes de resultas de la batalla del 16 de octubre, caen sobre los rusos y los prusianos á la bayoneta, pelean cuerpo á cuerpo, y merced á un esfuerzo supremo, arrollan fuera de la aldea á los asaltadores, y los acosan en el declive del terreno, donde, aprovechándose de esta nueva ocasión nuestra artillería, los cubre otra vez de metralla.

Mientras se resiste así de frente, otro enemigo se presenta por la izquierda, y es la división prusiana de Zeithen, que, habiendo hecho con los austriacos de Klenau una tentativa infructuosa sobre Stotteritz, declina sobre Probstheyda. Pero parte de la artillería de Drouot, establecida sobre el lado izquierdo de la aldea, la recibe de flanco y la rechaza sólo con el fuego de sus cañones.

Teniendo después de tales tentativas más de doce mil hombres fuera de combate, no podía lisonjearse el

príncipe de Schwartzberg de señorear una posición que hacía inexpugnable el valor de nuestros soldados. Decidióse como la antevíspera á obrar contra el ejército francés por vía de estrechamiento sucesivo; se había estrechado á Napoleón sobre Leipsick el 16 de octubre y forzósele el 18 á retirarse una legua más á la espalda. Se acabaría el 19 por arrinconarle en Leipsick mismo, alargando la mano á Blücher y á Bernadotte. Desde entonces decidió el príncipe generalísimo emplear por su parte la jornada en un combate de artillería, y para sostenerlo con menos desventaja retrocedió algunos centenares de pasos hacia un terreno elevado ligeramente y cuya elevación daba cara á la de Probstheyda. Allí, frente por frente de los franceses, se puso á cruzar con ellos uno de los cañoneos más espantosos que se hayan oído nunca.

Durante este tiempo, Benningsen, opuesto á nuestra izquierda, que desde Probstheyda se remontaba á Leipsick hacia el Norte, probó á acometer á Melckau, si bien menos atrevidamente que Schwartzberg, porque esperaba á Bernadotte y á Blücher antes de empeñarse formalmente. En cuanto á éstos, véase lo que les pasaba.

Tras de negarse Blücher á una entrevista con Bernadotte, acabó por acceder á ella á las ocho de la mañana, y convinieron en pasar el Partha; pero no lo consintió Bernadotte sino á condición de que Blücher le prestaría treinta mil hombres, y éste otorgólo, poniéndose á la cabeza de este número de soldados, que eran los que Langerón mandaba. Efectivamente, mientras Sacken y York, establecidos al otro lado del Partha, y al Norte de Leipsick del todo, cruzaban con Margarón y Dombrowski balas de artillería, Blücher pasó el Partha más cerca, esto es, por Neutzsch, y trasladándose luego al Este de Leipsick bajó sobre Stolfen, donde la segunda división de Marmont se hallaba establecida. Marmont con sus otras dos divisiones, Ney con Souham y con Reynier operaron una conversión hacia la espalda para ir por Sellerhausen á enlazar su derecha con Macdonald, que se hallaba en Stotteritz. Por lo que hace á Bernadotte, ejecutando un largo rodeo para cruzar el Partha lo más lejos posible de los franceses, fué á pasarlo por Taucha, y con los prusianos á la cabeza avanzó hacia el frente de Reynier por Heiterblick. Tales eran los movimientos de unos y otros en el curso de la mañana, durante el terrible combate de Probstheyda.

Delante de Sellerhausen, donde se encontraba Reynier, había una aldea formando punta saliente en la llanura y bastante dominante, la de Paunsdorf, que Ney hubiera deseado ocupar, porque desde este punto se podía interponer entre el ejército de Bohemia y el del Norte, y aun quizá impedir que se incorporaran uno á otro. Reynier no participaba de este dictamen por un motivo muy prudente. Desconfiaba de los sajones, que no cesaban de murmurar y de amenazar con desertarse. Encajonados hasta ahora entre las dos divisiones francesas de Guilleminot y de Durutte, habían permanecido fieles; pero desde la partida de Guilleminot sólo estaban flanqueados por un lado, y Reynier rehusaba empujarlos hacia adelante para no exponerlos á la tentación de abandonarnos. Más atrevido Ney los hizo avanzar en columna hacia Paunsdorf, cuidando de colocar detrás de ellos á la división de Durutte para apoyarlos y contenerlos. Pero no bien divisaron las insignias de

Bernadotte, con cuyo estado mayor se hallaban en comunicaciones secretas, por un homenaje que no era el de la fidelidad á la fidelidad, marcharon de súbito hacia sus filas. Desertó la caballería la primera y la siguió la infantería. El mariscal Marmont, situado á su izquierda, creyó que se dejaban arrebatar por demasiado ardimiento, y corrió detrás de ellos; pero se desengañó muy pronto, y, ¡oh traición indigna!, tan luego como se hallaron á algunos pasos de nuestra línea de batalla, volvieron sus cañones contra nosotros, disparando á la división de Durutte, con la cual estaban sirviendo ya hacía dos años. Sin duda Napoleón había violentado sus sentimientos, encadenado sus corazones y sus brazos á una causa que no amaban de ningún modo; derecho les asistía para abandonarnos, pero no sobre el campo de batalla; y por lo demás, si Dios nos castigaba en este momento por haber pesado excesivamente sobre la Europa, muy pronto les preparaba á ellos un terrible y justo castigo, el del fraccionamiento de su patria.

Ney acudió á la vista de este espectáculo para auxiliar á la división de Durutte, que atacada de repente por el cuerpo de Bulow, se esforzaba por mantenerse firme con trabajo. Cinco mil hombres lucharon contra veinte mil durante más de una hora, y lucharon heroicamente. No obstante, hubo que ceder y que replegarse hacia Sellerhausen. Ney les llevó la división de Delmás para impedir que fueran agobiados en su movimiento retrógrado. Delmás, el veterano de la república, murió noblemente al ir con su división en socorro de Durutte. Mientras á la derecha de Ney peleaban Durutte y Delmás entre Paunsdorf y Sellerhausen, Marmont á la izquierda sostenía en la hermosa aldea de Schonfeld un combate furioso. Schonfeld era el punto esencial donde, remontándose nuestra línea al Norte, se iba á apoyar en el Partha, y era el punto que Blücher quería tomar con los soldados de Langerón. En el espacio de algunas horas la división de Lagrange perdió esta aldea y la recuperó hasta siete veces. Por último, iba á sucumbir cuando Ney llegó á reforzarle con una de las divisiones de Souham, la de Ricard. Por última vez recuperó á Schonfeld. Entre este punto y Sellerhausen Marmont, con las divisiones de Compán y de Friederichs formadas en cuadro, resistía á todos los asaltos de la caballería prusiana y rusa. Pero veintiocho mil hombres no podían luchar contra noventa mil largo tiempo, y cediéronse Schonfeld y Sollerhausen para aproximarse á Leipsick, con el temor de ver á Bernadotte y á Bubna, ya reunidos en la llanura de Leipsick, penetrar por la brecha que había abierto en nuestra línea la defección de los sajones.

Por fortuna llegaba al galope un refuerzo considerable de caballería y de artillería. Era Nansouty con la caballería y la artillería de la guardia, que acudía guiado por el emperador en persona. Resonando hasta en el cuartel general el ruido de la defección de los sajones, sublevó los corazones de todos, y dejando Napoleón á Murat en Probstheyda, para que le reemplazara en la batalla del Sur, convertida ya en cañoneo, fué á toda prisa á reparar esta imprevista desventura que ponía colmo á nuestras calamidades.

Al verlo por un lado Bulow y por otro Bubna, ya prontos á darse la mano, formaron cada uno gancho á la espalda, para presentar un flanco á la caballería de

Nansouty. Éste les cargó de muerte, ora á la derecha, ora á la izquierda, sin poder trastornar su espesa masa. Pero atajó sus progresos, y allí, como en los frentes de este inmenso campo de batalla, desde Leipsick hasta Schonfeld hacia el Norte, desde Schonfeld hasta Probstheyda hacia el Este, desde Probstheyda hasta Connewitz, un cañoneo de dos mil bocas de fuego puso término á esta batalla, justamente llamada de *Gigantes*, y hasta ahora la mayor sin duda de todos los siglos.

Mientras se vieron unos á otros, disparóse con cierta especie de furia, bien que sin esperanza por parte de los coligados de hacer abandonar á los franceses la línea en que se habían establecido. Nuestros soldados permanecieron inmóviles, como fijos en límites que no podía traspasar ningún poder humano. De admiración estaban poseídos los corazones de sus mismos contrarios á pesar de lo sañudos, y sañudos con razón, pues se trataba de emancipar su patria. Mentiría la historia si quisiera afirmar puntualmente lo que costó esta batalla. Sólo se puede calcular con arreglo á los hombres que se hallaron útiles á los días siguientes en los ejércitos beligerantes. Cerca de veinte mil hombres por nuestra parte y treinta mil por la de los coligados, expuestos á fuegos dominantes y bien dirigidos, fueron el número de víctimas de esta tercera jornada. Así en tres días cayeron bajo el fuego más de cuarenta mil franceses y más de sesenta mil alemanes y rusos. ¡Ah, digámoslo muy alto: ante tan horrible matanza, la guerra, cuando no es absolutamente necesaria, no es otra cosa que una criminal locura!

Por gloriosa que fuese la resistencia de nuestro ejército no le quedaba más arbitrio que el de retirarse acto continuo después de tan horrorosa jornada, y más valiera de seguro levantar el campo el 17 por la noche, que arriesgar la terrible batalla del día 18, para conservar algunas horas más una actitud victoriosa. No por esto urgía menos retirarse hoy lo más pronto posible, á riesgo de sufrir pérdidas enormes al cruzar una ciudad como Leipsick con un ejército que, después de haber sido inmenso en personal y material, lo era en material todavía, y no tenía para libertar lo que le quedaba más que un solo puente, el de Lindenau, de media legua de largo, abarcando bosques, pantanos y muchos brazos de ríos.

Aunque sufriendo Napoleón cruelmente en el fondo del alma, ocultando sus padecimientos bajo la impasible altanería de su semblante, abandonó su puesto de Probstheyda por la tarde, y dirigióse á Leipsick á fin de disponerlo todo para una retirada inmediata. Tras de rehusar veinticuatro horas antes el amparo de la noche, necesitaba aceptarlo ahora, y substraer al enemigo lo más posible de nuestros embarazos antes del ataque fácil de prever para el día siguiente. Napoleón bajó á una simple hostería situada en el centro de la ciudad, y allí expidió sus órdenes todas. Prescribió á los estados mayores de los diversos cuerpos que desfilaran toda la noche con el material, los heridos que pudieran ser trasladados, la artillería que se había conservado entera, excepto sólo veinte piezas que de resultas de una explosión se perdieron en el combate de Mockern. Ordenó que los cuerpos de ejército se retiraran seguidamente los unos detrás de los otros, llevando á la cabeza á la guardia, dos de cuyas divisiones habían pasado ya á las órdenes del gene-



BATALLA DE LEIPZIG (dibujo de Toller)

